



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

Entrevista

BERNARD F. REILLY (IN MEMORIAM)

Ricardo Chao Prieto



Bernard Francis Reilly nació en Audubon (Nueva Jersey, EE.UU.) el 8 de junio de 1925, y falleció de una insuficiencia cardíaca en su casa en Broomall el 11 de diciembre de 2021, con 96 años de edad. Veterano de la Segunda Guerra Mundial, entre 1955 y 1992 fue profesor y catedrático de Historia en la Universidad Villanova, estando especializado en la Alta Edad Media, el Renacimiento y la Reforma. Escribió cerca de una docena de libros y decenas de artículos centrados en la Hispania medieval, y muy especialmente en los reinos de León y Portugal entre los siglos XI y XII. También contribuyó con treinta y tres artículos en *Medieval Iberia: An Encyclopedia* (2003), y diez en *International Encyclopedia of the Middle Ages* (online).

Ganó el Premio John Nicholas Brown de 1986 de la Academia Medieval de América por su libro de 1982, *“El Reino de León-Castilla bajo la reina Urraca, 1109-1126”*; el Premio del Rey de 1990 de la Asociación Histórica Estadounidense por su libro de 1988, *“El Reino de León-Castilla bajo el rey Alfonso VI, 1065-1109”*; y el Premio del Rey del año 2000 por su libro de 1998 *“El reino de León-Castilla bajo el rey Alfonso VII, 1126-1157”*.

Fue académico corresponsal de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias de Toledo y de la Academia Portuguesa de la Historia, y miembro honorario de la *Hispanic Society of America* de Nueva York. Gran amante de los viajes, los bailes de salón, del cultivo de rosas y del golf, tuvo ocho hijos, diecinueve nietos y nueve bisnietos.

La entrevista fue realizada por correo electrónico el 23 de mayo del año 2014.

Monografías históricas a destacar:

- *The Kingdom of León-Castilla under Queen Urraca, 1109-1126* (Princeton Univ. Press, 1982).
- *Santiago, Saint Denis, and St. Peter* (Fordham Univ. Press, 1985) –editor.
- *The Kingdom of León-Castilla under King Alfonso VI, 1065-1109* (Princeton Univ. Press, 1988) – Editado en español por el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo, 1989.
- *The Contest of Christian and Muslim Spain: 1031-1157* (Basil Blackwell, 1992) – Editado en español por la Editorial Crítica, Barcelona, 1992 – Editado en portugués por la Editorial Teorema, Lisboa, 1996.
- *The Medieval Spains* (Cambridge Univ. Press, 1993) – Edición en español por Ediciones Península, Barcelona, 1996.
- *The Kingdom of León-Castilla under King Alfonso VII, 1126-1157* (University of Pennsylvania Press, 1998).

1. ¿Nos podría hacer un breve resumen de su biografía? Lugar de nacimiento, estudios, lugares de residencia...

Mi esposa y yo somos gente de Filadelfia. Ella nació allí, en Pensilvania, y yo a solo unas diez millas de distancia, en Nueva Jersey. Mi familia regresó a Filadelfia, y de allí son todos mis títulos académicos. Actualmente residimos en el 710 de la calle Hedgerow Drive en Broomall, Pensilvania, que está a unas veinte millas al oeste de Filadelfia.

Me gradué en 1950 en la Universidad Villanova, becado por la llamada G.I. Bill [Ley de Reajuste de Militares], después de haber servido en el ejército de los EE. UU. desde enero de 1944 a mayo de 1946. Obtuve el máster en Historia Medieval en la Universidad de Pensilvania en 1955, y el doctorado en 1965 en la Universidad Bryn Mawr. Conseguí estos títulos estudiando a tiempo parcial, porque trabajaba al mismo tiempo, ya que había formado una familia en 1948. Ya había empezado a enseñar a estudiantes de licenciatura en Villanova en 1955, y continué haciéndolo muy feliz hasta que me jubilé en 1997.

2. ¿Cómo fue su participación en la Segunda Guerra Mundial?

En cuanto a mi experiencia en esa guerra, fui reclutado por el ejército en enero de 1944, cuando tenía 18 años. La experiencia me educó y me envejeció.

El ejército estadounidense de la época todavía pensaba en términos de la Primera Guerra Mundial, mientras se preparaba para la invasión de Normandía en la primavera. Fui enviado a Carolina del Norte para hacer el entrenamiento básico de artillero de campaña, para lo que se preveía como una repetición del duro avance a través del norte de Francia, tras masivos bombardeos de artillería e igualmente masivos asaltos de infantería al estilo de la Primera Guerra Mundial. Pero para abril de ese año mentes militarmente más modernas habían prevalecido, como Omar Bradley y George Patton, y ahora se esperaba una guerra de aviones y blindados. Esa nueva forma de pensar probablemente me salvó la vida, porque tuvieron que decidir qué hacer con todo aquel exceso de artilleros. Así que me perdí la carnicería del Día D.

En su lugar fui enviado a Texas para recibir un segundo entrenamiento como ingeniero militar. Se esperaba que los ingenieros fueran muy necesarios en ese teatro de operaciones y, mientras tanto, podrían construir barracones y campamentos para las tropas que iban a ser transferidas desde Europa a medida que esa campaña comenzara a disminuir. Luzón, en las Filipinas, iba a ser el área de preparación para la invasión de Kyushu, y allí mi unidad iba a proveer apoyo y

servicio a la 2ª División Aerotransportada. Viajamos en un convoy a través del Océano Pacífico desde San Francisco a Manila, y a finales de agosto de 1945 estábamos en Luzón, cerca del Golfo de Lingayen, construyendo campamentos, cuando ocurrieron las matanzas de Hiroshima y Nagasaki. El gobierno imperial japonés se rindió, y así probablemente salvé la vida de nuevo.

En lugar de participar en una invasión, mi unidad se convirtió en parte del ejército de ocupación entre septiembre de 1945 y marzo de 1946.

3. ¿Cuándo se sintió atraído por la historia medieval de Hispania, y por qué?

Me sentí atraído por el estudio de la historia ya desde niño, pero obviamente se trataba solo de la historia de Estados Unidos. Mis estudios de licenciatura en Villanova me introdujeron en la arqueología, y conocí a historiadores de horizontes más amplios, como Arnold Toynbee y Christopher Dawson. Me interesé particularmente por la historia medieval europea cuando empecé los estudios de posgrado en la Universidad de Pensilvania.

Allí realicé un trabajo de seminario sobre la carrera del papa Calixto II, que había concebido la interesante idea de hacer un pacto renunciando a las posesiones temporales de la Iglesia en el Imperio, a cambio de que el emperador del Sacro Imperio, Enrique V, renunciara a sus derechos imperiales a la elección de obispos, y a la del obispo de Roma en particular. Por supuesto, el emperador finalmente decidió que sería más sencillo secuestrar a Calixto y a la mayoría de sus cardenales, y la idea quedó en nada.

Más tarde, en la Universidad Bryn Mawr, cuando tuve que elegir un tema para la tesis doctoral, regresé al papa Calixto II para ver qué ideas recogían sus colecciones documentales. Ahí descubrí una activa correspondencia entre aquel papa y un obispo de una sede episcopal en el noroeste de España del que yo nunca había oído hablar. Eso me condujo a la Historia Compostelana y, lógicamente, al obispo-arzobispo Diego Gelmírez, a la leyenda de Santiago y a las peregrinaciones jacobeanas. Con el trasfondo del Concilio Vaticano II realicé mi tesis sobre la idea de la reforma eclesiástica de Santiago de Compostela en los comienzos del siglo XII.

Mi primera publicación fue *“Santiago and Saint Denis: The French Presence in Twelfth-Century Spain”*, en octubre de 1968, lo que me llevó, por supuesto, a la peregrinación, y eventualmente a Fernando I, Urraca I y Alfonso VI.

Y, finalmente, a toda la Iberia medieval. Ha sido una aventura intelectual de la que nunca me he arrepentido, y que he disfrutado mucho.

4. ¿Es difícil llegar a ser un medievalista en los EE.UU.?

Nadie crece esperando convertirse en un medievalista en un país que no tiene historia medieval. El camino es tortuoso y de considerable extensión. En primer lugar, hay que ser consciente de que Estados Unidos de América es un país profundamente inglés y protestante. Pretende ser una especie de “tercera cosa, totalmente diferente, nacida para el futuro”, pero eso es una ilusión. En cambio, esta conexión especial que lo une a Gran Bretaña, y que tanto angustiaba a Charles De Gaulle, no es un fenómeno reciente, sino que es más antiguo que los propios Estados Unidos.

En consecuencia, la bastante distinguida escuela de medievalistas de Estados Unidos se concentra naturalmente en la Edad Media inglesa: los Plantagenet, el desarrollo del parlamento, el crecimiento del “Raj” británico... Cuando trata de la Iberia medieval, principalmente se ha centrado en la inquisición, la Armada Invencible. Ese tipo de cosas.

Hay honrosas excepciones, desde luego, pero son consecuencia de la atención a una especie de prehistoria de los Estados Unidos. El resultado es la Iberia medieval presentada como un simple trasfondo: por ejemplo, William H. Prescott, con su *“History of the Conquest of Mexico”* (1843) y su *“History of the Conquest of Peru”* (1847); o Roger Bigelow Merriman, con su *“The Rise of the Spanish Empire in the Old World and the New”* en cuatro volúmenes (1918-1934).

En términos generales, sin embargo, el estudio de la Iberia medieval en Estados Unidos ha florecido desde la Segunda Guerra Mundial como resultado de otras corrientes. Una de ellas ha sido la reciente conciencia de la dependencia de la herencia ranchera y ganadera del suroeste americano de las técnicas y prácticas desarrolladas en Iberia a finales de la Edad Media. Quizás el más famoso de estos estudiosos fuera Charles Julian Bishko (1906-2002), que formó a toda una generación de medievalistas iberistas estadounidenses en la universidad de Virginia. Pero Julian es especialmente recordado por sus estudios del monaquismo ibérico, en los que estaba profundamente interesado. A poca distancia de Julian estaba el padre Robert I. Burns (1921-2008), jesuita, que desarrolló su carrera investigadora en la Universidad Jesuita de San Francisco, y más tarde en la Universidad de California de Los Ángeles. Claro que el padre Burns estaba influenciado por la fundación ibérica de su orden, y por su fundador, Ignacio de Loyola, pero también por el renovado interés en todo lo relativo al catolicismo que hubo en Estados Unidos durante su propia juventud y temprana madurez. Y finalmente tenemos a Joseph F. O’Callaghan, quien dirigió el programa de posgrado en la Edad Media ibérica en la Universidad de Fordham, en la ciudad de Nueva York, donde enseñó desde 1954 hasta su jubilación cuarenta años después.

Como ya les he esbozado, mi propia participación en este movimiento, porque tal fue, se originó de una manera bastante diferente, algo fortuita, aunque obviamente afectada en cierta medida por corrientes religiosas similares. Enseñé en una universidad relativamente más pequeña y sin un programa de posgrado de historia en estudios medievales de ningún tipo. En cualquier caso, he preferido enseñar a estudiantes universitarios debido a la amplitud del campo de estudio que ofrece. No obstante, los hombres anteriormente mencionados han sido mis amigos personales y profesionales. Julian Bishko revisó todo el manuscrito de mi primer libro, el de la reina Urraca (1982). Colaboré con el padre Burns en la fundación de *The American Academy of Research Historians of Medieval Spain*. Esa Academia se convirtió en el vehículo para la promoción de los estudios medievales ibéricos en los Estados Unidos desde su fundación en 1976. Joe O'Callaghan me guio en el alquiler de mi primer apartamento en Madrid, en la entonces Avenida del General Mola, donde mi esposa y mi familia se me unieron para pasar las vacaciones en el verano de 1972, mientras yo realizaba mi investigación por las mañanas a poca distancia, en el Archivo Histórico Nacional en la calle Serrano.

5. Como medievalista, ¿qué opinión le merece el reino de León?

Creo que los eventos críticos de la Iberia cristiana medieval se produjeron durante los reinados de Fernando I y Alfonso VI de León. Estos fueron, no necesariamente en orden de importancia, la conquista de la meseta norte y el establecimiento de un puesto de avanzada permanente en Toledo, en la meseta sur. Después, el dominio de toda la península fue más o menos inevitable, ya que fracasaron los intentos norteafricanos de reconquistarla por parte de almorávides, almohades y meriníes.

Este cambio de poder fue oscurecido y limitado al mismo tiempo por el cisma en la familia de Alfonso VI, que propició el surgimiento de un reino de Portugal independiente en posesión de la crítica costa atlántica. Al mismo tiempo, el correspondiente surgimiento de un Aragón-Cataluña independiente convirtió a León, y más tarde a Castilla, en un reino sin salida al mar.

Simultáneamente, la apertura de Fernando I y Alfonso VI a los franceses, a Cluny y luego al Císter, y a Roma y la Reforma Gregoriana, puso en marcha un desarrollo europeo cosmopolita que abarcó desde la escritura hasta la arquitectura, pasando por las corrientes intelectuales y económicas en general, que penetraron en toda la península, confirmando y consolidando su carácter europeo a costa de una orientación mediterránea más difusa.

6. ¿Cree que el hecho de ser extranjero le permite una visión más objetiva de la historia medieval hispánica?

La cuestión de la objetividad – ¿imparcialidad? – es un avispero. Ciertamente, el historiador no nativo puede aportar una perspectiva diferente al mismo desarrollo histórico que puede ser útil en la medida en que esté verdaderamente informado. Al mismo tiempo, está obligado a perder, hasta cierto punto, la familiaridad con las cosas en la tradición nativa que tal vez tienen un peso diferente en la suya propia y, en esa medida, puede hablar más allá de las diferencias a veces críticas sin ser consciente de su existencia. Mucho depende de tener “oído para la música”. Estoy bastante seguro de que lo que aventuré justo en la pregunta anterior ya habrá causado consternación en algunos círculos que lo han leído, quizás precisamente por cierta falta de familiaridad en su expresión, o incluso porque se hace eco de una u otra posición en una disputa ya antigua en Iberia.

7. El desierto estratégico del Duero defendido por Claudio Sánchez-Albornoz: ¿mito o realidad?

La cuestión del “Desierto del Duero” es una de esas disputas que mencionaba, y quizás sea una cuestión crítica que se relaciona con toda una serie de preguntas sobre el linaje y la “legitimidad” de la evolución posvisigótica hacia la España del imperio de León-Castilla. Conviene señalar que Sánchez-Albornoz pasó la mayor parte de su vida académica en el exilio político. Sin embargo, planteó una pregunta crítica; de hecho, una serie completa de ellas, y planteó respuestas que son tanto informadas como formativas para la mayor parte de la discusión que ha seguido, y que aún hoy continúa. Me parece que él mismo estableció los términos de una investigación que no pudo completar. Ciertamente, presionó quizás hasta el extremo los argumentos de la tradición cronística y de los documentos existentes. En cualquier caso, hasta donde pudo llevarlos durante un exilio del territorio de su propia patria. Pero él no era principalmente un lingüista y tal vez estos últimos sabios tengan algo más que decir, siguiendo la línea iniciada por Menéndez Pidal. Actualmente se está realizando un trabajo prometedor en cuanto a cómo la gente se expresaba y describía a sí misma, lo que puede dar mucha información sobre quiénes eran. La arqueología también, especialmente la de la arquitectura eclesiástica prerrománica y prerrománica, pero también la del tipo más humilde de fortificaciones locales y diseños domésticos. La misma ocupación y abandono de los sitios bien pueden demostrar tener un ritmo que sea evocador. Finalmente, ¿cuál fue el carácter de la ocupación humana de Cantabria a finales del período visigodo? – ¿o de Galicia? – ¿o de la tierra costera portuguesa desde

Limia hasta el Tajo? ¿Cuál fue la duración y la extensión y, más importante aún, la intensidad y la densidad de la ocupación bereber? Para terminar, queda por completar el examen del carácter de la población de todo el curso del Duero desde el Atlántico hacia el este, hasta Osma. ¿Fue una repoblación, de hecho? ¿Quién era gallego, quién portugués, cántabro, musulmán, mozárabe? Éstos fueron los materiales humanos con los que trabajó la “repoblación” iniciada con Fernando I y que conformaron el “nuevo” León.

Se ha realizado un trabajo sustancial en muchos de estos campos durante los últimos cincuenta años, pero me atrevería a imaginar que aún es posible realizar tanto o más trabajo, y que sería fructífero.

8. ¿Qué opina de la independencia de Portugal del reino de León? ¿Fue algo inevitable?

En cuanto a la evolución en gran medida independiente de Portugal y España durante las edades Moderna y Contemporánea, considero que fue de todo menos inevitable. Creo que ese argumento gira en torno a la hipótesis insostenible de que las naciones son un desarrollo inevitable y deseable de alguna diferencia primordial y racial. Eso es una tontería. Es demostrable que todas las naciones europeas actuales son construcciones medievales tardías que dependen de contingencias intelectuales, económicas e internacionales bastante fortuitas en su desarrollo. El papel de la geografía es obvio. El papel de la tecnología es casi igualmente evidente. Además, ¿puede uno imaginar un Portugal independiente sin la intervención de los ingleses a finales de la Edad Media? Ninguna de las naciones europeas se desarrolló aislada de las demás, sino en una interrelación que fue más influyente que cualquier desarrollo puramente interno, si es que se puede imaginar tal cosa.

9. ¿Puede hablarse de “feudalismo” en los reinos de León y de Castilla, o por el contrario nunca existió ese feudalismo en estos reinos?

Conozco los debates sobre el feudalismo, tanto en Iberia como en otros lugares, pero nunca me han interesado mucho. Si el feudalismo se define estrictamente como un conjunto de relaciones contractuales que rigen la herencia y la propiedad en el contexto de la tierra y las costumbres que transmiten, entonces debo confesar que el estudio, por meritorio que sea, me resulta soporífero. Mi punto débil, sin duda. Por otro lado, si se plantea como un conjunto de concepciones literarias de diferentes virtudes, la mayoría de las cuales nunca tuvieron mucha vigencia en el mundo no literario, entonces me despierto un poco. (En un momento de mi carrera universitaria casi me especialicé en literatura).

Por otro lado, si el tema se interpreta de manera amplia, las disputas resultantes me interesan mucho. ¿Incluye el feudalismo la concepción de un monarca que es un caudillo militar en primera instancia, y miembro de una dinastía de origen divino en la segunda instancia?

En este aspecto particular encajarían la mayoría de los gobiernos ibéricos de antes de la Edad Moderna. ¿Incluye una nobleza también basada en la destreza militar (¡la caballería!) o en la habitual presunción de esa destreza? De nuevo los gobiernos ibéricos pasan la prueba. ¿Significa que la monarquía es una institución poco desarrollada, y que depende en gran medida de los eclesiásticos para su administración, y de los nobles para su ejército? En consecuencia, a la corona le resulta difícil hacer que sus decretos se extiendan más allá de sus posesiones directas, y depende de una gira regular por el reino para hacer valer el prestigio que pretende. Seguramente, al menos hasta el año 1200, y en muchos aspectos hasta la Revolución Francesa, estamos hablando de los elementos constitutivos comunes de la sociedad en la Europa Occidental y Central.

¿Cuál es el debate, entonces? Confieso que actualmente tengo amigos en este campo que están angustiados por la noción de “monarquía sagrada” y continúan manifestando que posiblemente la mayor parte de los documentos de la época no puede significar lo que dicen. Y otros que sienten que el orden público de Roma perduró de forma significativa hasta que fue interrumpido por una funesta usurpación feudal fechada en algún momento después del año 900 más o menos. Sospecho que se refieren a todo tipo de particularismos, pero estoy bastante seguro de que no les importaría la variedad romana de comunidad. En Iberia, todo este ir y venir está muy relacionado con la cuestión “afrancesada”, ya que es demostrable que gran parte de los atavíos “feudales” y la literatura que brotó de ella son sus derivados, al menos en primera instancia. Se dice que los buenos mexicanos tienen un dicho: “Pobre México, tan lejos de Dios, tan próximo a los Estados Unidos” ...

10. ¿Opina que la historiografía española ha tratado correctamente la historia del reino de León, o por el contrario que ha estado demasiado mediatizado por las crónicas y cantares de gesta castellanos?

Creo que queda un trabajo apasionante por hacer sobre la historiografía de Iberia. Con todo respeto a la labor de quienes nos han precedido, sigue siendo saludable recordar cuán recientes son las ediciones críticas de las grandes obras de la historia medieval ibérica y lo mucho más recientes que son los intentos de digerir sus fuentes y su entorno intelectual. Como quizás no sean muy conocidos,

me referiré, sin modestia, a mis propias obras “*Bishop Lucas of Tuy and the Latin Chronicle Tradition in Iberia*”, *The Catholic Historical Review*, 43 (2007); “*The Rediscovery of count Pedro Ansures, Cross, Crescent, and Conversion*”: *Studies on Medieval Spain in Memory of Richard Fletcher* (2008); “*The Chronica Latina Regum Castellae: Historical Composition at the Court of Fernando III of Castile, 1217-1252*”, *Viator*, 41 (2010); y “*The De Rebus Hispanie and the Mature Latin Chronicle in the Iberian Latin Middle Ages*”, *Viator*, 43 (2012). También tengo, en lo que espero sea una publicación algo menos que póstuma, otro estudio detallado de la Crónica del Emperador Alfonso VII.

Estas obras, y una buena parte de mi trabajo anterior sobre la Historia Compostelana, por ejemplo, me han dejado convencido de que la historia de la Iberia medieval es una unidad cuya descripción adecuada ha sido objeto de disputa por parte de los historiadores casi desde sus inicios. Sea cual sea la forma en que la hayan plasmado, esa historia, examinada meticulosamente, revela una riqueza que es producto de las fuentes asturianas, leonesas, castellanas, aragonesas, incluso catalanas. Y, por supuesto, su afán por encontrar fuentes útiles los ha llevado a las “vitas” de obispos y santos, y a las historias familiares, así como a las obras de sus predecesores.

El panorama que emerge gradualmente es el de una riqueza y una imaginación creativa e interactiva a través de los géneros y de las divisiones provinciales que aún requiere “una lengua para cantarla”.



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales